

ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

LA LENGUA Y LA CULTURA CATALANAS

EN GRECIA

EN EL SIGLO XIV

«Es la matexa parla arrogant que un dia ressoná per tots los contorns del Mediterrani..... *la que feu estremir les ruines de la sagrada Acrópolis athenesa.*»

(M. Menéndez y Pelayo.—
Discurso de gracias de los
Jochs florals de Barcelona
de 1883.)

En la Edad Media fué el Oriente palenque de todas las empresas políticas, religiosas y mercantiles de Europa, y teatro de sus hazañas más legendarias. Allí ensayaron el esfuerzo de su brazo todos sus aventureros y muchos de sus más ilustres capitanes; allí echaron sus primeros gérmenes las tendencias de expansión y de dominio colonial que hallaron más tarde su completo desarrollo en la conquista del Nuevo Mundo. Era pequeño en aquel entonces el Mediterráneo, y pequeños los fraccionados Estados medio-evales para pueblos llenos de vida y ávidos de esperanzas, y estrecho también el mismo Oriente, que tenía que satisfacer tantos estímulos de gloria y de codicia. De ahí que tropezaran allí todos á la vez en confuso enjambre, y que no hubiera una ciudad importante del Imperio bizantino sin una colonia pisana, genovesa ó veneciana, ni una isla ó peñón del Egeo ó del Adriático, ni un palmo de tierra en

la Morea y en la Grecia propiamente dicha, sin un señor feudal de origen francés, español ó italiano.

De esa fiebre de empresas caballerescas y conquistadoras, que se apoderó de Europa en los siglos XIII y XIV, participó también España en mayor grado de lo que generalmente se cree. La historia del Oriente latino-español puede competir sin desventaja con la del francés é italiano, gracias á las hazañas de las dos más famosas Compañías militares que recorrieron entonces los campos de Grecia, y gracias asimismo á aquellos dos originales personajes históricos tan simpáticos, mallorquín el uno, aragonés el otro, que intentaron casi con sus solas fuerzas en épocas distintas el mismo objeto, la conquista de la Morea, á saber: el Infante D. Fernando de Mallorca y el Gran Maestro de Rodas, D. Juan Fernández de Heredia.

Desde Roger de Lauria á D. Juan de Austria, desde los proyectos de Cruzada de Jaime I hasta los esfuerzos de Alfonso V para salvar el Imperio bizantino, la participación de las naciones de raza española en los destinos del Oriente es casi continua, aunque desligada y sin un plan político ó mercantil determinado, como le tuvieron los francos y los venecianos.

Mas ninguna de las empresas hazañosas realizadas por los pueblos españoles en aquellas apartadas regiones tuvo el brillo ni alcanzó las consecuencias que la odisea militar que emprendió desde los Dardanelos hasta el Monte Taurus, y desde las orillas del Meandro hasta las del Cefiso, la llamada Compañía catalana. Aquella hueste de héroes y de demonios, como guiada por el genio de la destrucción y la venganza, estuvo á punto de ahogar al naciente Imperio otomano en su cuna; rasgó en jirones la ya despedazada púrpura de los Césares de Bizancio, y destruyó la caballería franca junto á los históricos campos de Orchomenos y Cheronea, concluyendo por fundar en el Atica y en la Beocia, desde el istmo de Corinto hasta los confines de la Tesalia, y desde la Eubea hasta más allá de las montañas de la Fócida, un Estado militar con un marcado barniz feu-

dal y municipal, que reflejó en su espíritu y en su constitución social todo el sello y carácter de la nacionalidad catalana de que traía su origen. No parece sino que aquel campamento errante de soldados, al establecerse en la Grecia clásica, desligado por completo de su madre patria, como las huestes de Villehardouin y de Champlitte, ó como los navarros de Coquerel y San Superano, puso mayor empeño que todos ellos en conservar su fisonomía étnica. Ello es que al echar raíces en un país desconocido consideró como áncora de salvación de su existencia la lengua y las leyes de Cataluña, haciendo de las *Costumbres de Barcelona* la base del derecho público y privado del nuevo Estado, y de aquella la marca externa de su individualidad nacional.

Gracias á este empeño, el habla enérgica en que Muntaner escribía por aquellos días su *Crónica* inmortal que le ha merecido el título de Camoëns de la historia, iba á ennoblecerse alzándose á la categoría de dominadora de la lengua de Homero. Fué esto en la época en que la civilización catalana se extendía por las tres Penínsulas del Mediterráneo y en que nuestro candoroso cronista podía exclamar en un arranque de noble entusiasmo: *Que de un llenguatje sol de negunes gents son tantes com catalans* (1).

(1) *Crónica* de Ramón Muntaner, edición de Bofarull, capítulo XXIX. No era ésta, sin embargo, la vez primera que la lengua catalana resonaba en el suelo de la Grecia clásica. En 1292, Roger de Lauria emprendió una brillante correría por las islas del Archipiélago y por la Morea, para hacer valer los derechos del Infante Federico de Aragón, que heredó los del desgraciado Manfredo, apoderándose de Monembasia y derrotando en Zonclon á los Barones del Principado. Muntaner refiere este episodio en el cap. CXVII de su *Crónica*. Algunos años más tarde, desde 1315 á 1316, el malogrado Infante D. Fernando de Mallorca, á quien perseguían los mismos tristes destinos de su Casa Real, estableció en Clarentza, capital de su Principado de la Morea, una verdadera, bien que efímera, corte catalana. Cuenta también Muntaner que el último Duque francés de Atenas, Gualtero de Brienne, hacíase amar de los catalanes y hablaba el catalán, por haberse educado en Sicilia (cap. CCXL).

Si la historia y la tradición no lo confirmaran, parecería inverosímil el hecho que sentamos. No se comprende, en efecto, que una República militar, después de tres lustros de separación y abandono total de su metrópoli, llevando en su seno elementos heterogéneos y de distintas procedencias, y sujeta durante más de sesenta años á la dependencia de los Reyes de Sicilia, se conservara tan catalana en medio del contacto íntimo y continuo de dos pueblos vencidos, el franco y el griego, y de la persistente inmigración siciliana que con fines políticos anexionistas promovía sin cesar, hasta excitar la desconfianza de los catalanes, el Estado político soberano. Y, sin embargo, nada más cierto. Llevada la Compañía, en los nuevos Estados que conquistó con las azconas de sus almogávares, de la necesidad de conservar su unidad y cohesión, á fin de no quedar diluída en el medio ambiente hostil que la rodeaba á efecto de su misma inferioridad numérica, *por ser poca gent nostrada*, como decía Pedro IV á sus súbditos de Atenas en 1380, extremó su separación y las diferencias entre vencedores y vencidos, guardando tenaz las notas características de su vida propia. A consecuencia de esto, sólo admitió en contados casos al elemento heleno—y siempre en menos grado que los francos y florentinos, sus predecesores y sucesores en el dominio de aquellos países—á participar de su vida interna y de sus fueros civiles y militares.

Al posesionarse los catalanes de los llamados Ducados de Atenas y Neopatria, trataron como de potencia á potencia con el Rey de Sicilia antes de reconocerle como su señor y Duque, y la primera condición de su reconocimiento fué el respeto á todo cuanto constituía aquella individualidad étnica, grabada de un modo vigoroso en su lengua, en sus leyes y en sus costumbres. En detallados capítulos formularon sus aspiraciones y exigencias, y se aseguraron por la doble sanción del derecho de conquista y de la confirmación real la posesión material del territorio y su existencia como República autónoma de soldados, rigiéndose

por sus propios Estatutos. Este importante documento falta, por desgracia, en el Archivo de Palermo, que sólo contiene restos desperdigados de las actas que se refieren al Ducado de Atenas en el último decenio del dominio de los señores sicilianos, de estirpe aragonesa; pero afirman su existencia otros posteriores, y consta también por ellos que fué redactado en el habla vulgar de Cataluña.

En mis asiduas investigaciones en los Archivos de Barcelona y de la capital de Sicilia, he tenido la fortuna de encontrar pocas, pero curiosas, noticias del empleo de dicha lengua como oficial en el gobierno de sus Estados por los conquistadores de Atenas y Neopatria. Todas ellas se refieren sólo á los últimos veinte años del dominio catalán. Para explicarnos tan considerable laguna histórica, hay que tener en cuenta que á causa de la destrucción de muchos registros, hasta el año 1355 no aparecen con regularidad en la Cancillería panormitana actas referentes á la historia del Ducado de Atenas, y que el período de ella que va desde 1311, fecha del establecimiento de los catalanes en dicho territorio, hasta aquel año, ha de reconstituirse penosamente en su mayor parte con documentos sueltos de Venecia, Nápoles, Roma, etc., amén de otras fuentes históricas que no es ahora ocasión de mencionar.

El primer testimonio que conocemos del empleo oficial del catalán en los Ducados griegos, es el nombramiento de Juez de apelaciones en favor de Bartolomé de Valerio, en el cual se declara terminantemente que se hace conforme á los capítulos promulgados por los anteriores Duques, redactados asimismo en aquella lengua (1).

Otra curiosa prueba se nos ofrece más adelante, en 1372, en un privilegio de exención y franquicia otorgado á Nicolás Embay (*sic*), bayle de Atenas, por Novella, mu-

(1) *Archivio di Stato* de Palermo. Regia Cancelleria, Reg. XI, fol. 110 v.: «prout in quodam capitulo per dictos precessores nostros in vulgari Catalano ydiomate constituto hec inter alia continentur.» 6 Abril 1368.

jer de Jaime Sánchez de Leyda, á la cual, en el concepto de administrador de sus bienes, estaba obligado á prestar ciertas servidumbres. Se expresa en él que fué escrito en catalán, según el uso establecido en Atenas (1).

Los capítulos acordados en esta misma ciudad más adelante, el 20 de Mayo de 1380—una vez se hubo calmado algún tanto en los Ducados, con la proclamación de D. Pedro IV de Aragón, la anarquía que estalló á la muerte de Federico III,—corroboran también, por las referencias que hacen á los primitivos Estatutos de la Compañía, que se había empleado en la redacción de éstos la lengua catalana (2), y que en ella se escribieron asimismo los especiales que las principales ciudades se habían dado para su régimen interno por el fúero de su autonomía municipal (3).

Muy extendido debió de ser el empleo del catalán en los documentos oficiales de los Ducados griegos, cuando ve-

(1) Extendió este privilegio Juan Seraio, Notario de Atenas, y su confirmación lleva la fecha de 7 de Enero de 1372: «quia per tenorem dicti puplici instrumenti scripti manu Johanni seraio notari actorum civitatis eiusdem et aliorum testium subscripcionibus roborati in carta videlicet de pappiro et vulgari catalanorum eloquium secundum usum et mores civitatis eiusdem.....» Ibid., Reg. Canc., XIII, 210.

(2) En el privilegio al Notario griego Dimitri Rendi, uno de los personajes que más juego dió en Atenas á últimos del siglo XIV, incluido en el documento á que me refiero, se observa que dicha concesión se hace *no obstantis ne contrastant..... neguns capitols de la companya*, esto es, de la Compañía catalana. Más adelante se cita textualmente uno de dichos capítulos: «Item que nenguna persona qualsque qual sia no puga lexar per sa anima ni per nengun enginy ne manera nenguns bens a lasgleia,» etc., del cual se pide la derogación. Vid. mi monografía *Los navarros en Grecia* y el *Ducado catalán de Atenas en la época de su invasión*, publicada en el tomo IV de las *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1887, págs. 466 y 67.

(3) Aparece lo que aquí se indica de una petición dirigida á Pedro IV por la Universidad de Atenas en 1380, para que anule «lo capitol qui fo fet en la dita ciutat de Cetines que diu: Item si alcun lexara alguns vilans ne possessions en lasgleia que dejen tornar en lo Castell de Cetines,» ó sea á la Acrópolis. (Ibidem, pág. 467.)

mos que no sólo los Notarios catalanes, sino hasta los mismos indígenas, se servían de aquel idioma para legalizar escrituras, con la particularidad de que alguna vez se daba el caso de redactarse éstas en latín, mientras la legalización se hacía en la lengua vulgar de los conquistadores. Esta observación tiene mucha mayor importancia si se atiende á que el cargo de Notario poquísimas veces le desempeñaron los catalanes—quizás por más rudos ó por disfrutar de más cómodos y desahogados modos de existencia, ó por no conocer tan bien la lengua y las costumbres del país,—y casi siempre la inteligente raza griega ó los extranjeros avecindados en los Ducados. Más aún: el cargo de Notario fué, según parece, durante la dominación franca, el único público á que podían aspirar los griegos (1). Varios fueron los que en él se distinguieron durante el gobierno de los catalanes: Nicolás y Constantino Mauro Nichola, Bari, Cosme de Durazzo, Demetrio Rendi y Nicolás Macri. Al segundo le tocó legalizar, en compañía del catalán Periulli de Ripoll, en 22 de Abril de 1380, en Salona, dos copias de la donación que del Conde de Malta hizo en 1330 el Rey Fadrique II de Sicilia á su hijo natural y jefe de la Compañía, D. Alfonso Fadrique; donación confirmada más tarde, el 1.º de Septiembre del citado año 1380, en favor de su nieto D. Luis Fadrique, Conde de Salona, por D. Pedro IV de Aragón. La fórmula de legalización, por lo que al Notario griego se refiere, está concebida en los siguientes términos: *E yo Constantinus de Mauro Nichola per auctoritat del senyor bari en los Ducats de Athenes e de la patria notari public*, etc. (2).

(1) Así lo indica una disposición de Venecia de 19 de Agosto de 1420, referente á la isla de Negroponte: *non permittente aliquem græcum accedere..... neque in officiis vel regiminibus..... exceptis scribaniis*, etc. Vid. Sathas, *Documents inédits relatifs à l'histoire de la Grèce au moyen-âge*: París, 1882, tomo III, página 215.

(2) Archivo de la Corona de Aragón: Barcelona. Registro 1.366, fol. 68 v.

Tócanos hablar ahora del testimonio más elocuente y extenso que hasta nosotros ha llegado del predominio que alcanzó en la ciudad de Pericles la lengua de Ramón Lull y Muntaner. Sesenta ó setenta años después de la conquista, cuando la tierra griega era su patria y la lengua griega la única casi que hería continuamente sus oídos, al anexionarse los catalanes á la *sacrosanta Corona* de Aragón, como ellos la llamaban, redactaron unos capítulos que elevaron al Rey Pedro IV para su confirmación, que más que como interesadas y mezquinas demandas de gracias y mercedes, deben considerarse y se considerarán siempre como una prueba admirable de la vitalidad que tuvo en Grecia el habla de aquellos rudos almogávares y de la pureza y fidelidad con que la conservaron, á pesar del tiempo y de la distancia que les tenían separados de su madre patria. Por esta razón y por la riqueza de detalles que contienen, los llamados *Capítulos de Atenas* son de un valor filológico, político é histórico extraordinario, y han llamado con justicia la atención de todos los historiadores del Oriente latino. Como una pequeña muestra del catalán que se escribía en aquella ciudad á fines del siglo XIV, he aquí las hermosas y patrióticas frases con que terminan:

«Item placia a la dita sacra Reyal e ducal majestat que la dita uniuersitat de Cetines els habitants daquella puguen e dejen usar e perseuerar e estar e gaudir segons los estatuts constitucions e usatges e costums de barchinona. Plau al senyor Rey. Item placia a la dita sacra Réyal majestat que li placia de no abandonar nos ni derelinquir del seu titol ni dels seus descendents. E encara que la dita Reyal e ducal majestat nons puga donar ne cambiar ne leixar sots altra senyoria neguna per nengun modo titol ne rao sino sota a la sacra sancta corona darago e dels seus descendents. Plau al senyor Rey. Romeu de bellarbre per los manaments Reyals e duçals Castella e Capita de la uniuersitat de Cetines sindichs prohomens e consell de ladita uniuersitat que tots genolls ficats en terra humilment nos comanam en gracia de la Reyal e Ducal

majestat vostra. Dades en la ciutat de Cetines,» etc. (1).

El segundo y último documento catalán que se ha conservado procedente de Grecia, es el que, á semejanza del anterior, pudiéramos denominar *Capítulos de Salona*. Allí, en aquella pequeña villa medio-eval, que fué en la antigüedad la Amphysa de los Locrios, en el castillo franco construído sobre los muros de la acrópolis helénica, cuyas ruínas sombrean las imponentes alturas del Parnaso y del Kiona, se reunieron á fines de Mayo y principios de Junio de 1380 los procuradores de Tebas y Livadia, junto con los de la misma Salona, para redactar unas peticiones á Pedro IV, en el fondo y en la forma muy parecidas á las de Atenas. Por la omisión que en ellas se hace de las pretensiones de las tres ciudades congregadas, es de presumir, como sospecha Gregorovius, que sólo contienen un extracto de los capítulos, es decir, la parte relativa á D. Luis Fadrique de Aragón (2). Desde el punto de vista de la lengua, este documento es un dato más que prueba su supervivencia en las mismas vertientes del Parnaso; pero bajo el aspecto histórico no tiene, ni de mucho, el valor del precedente (3).

Muy extendido debió de ser el conocimiento del lenguaje catalán en aquellos apartados dominios de la Corona aragonesa, cuando en él se dirigía el nuevo Duque Pedro IV, no ya á sus propios súbditos, sino aun á los griegos, francos y albaneses que poblaban los Ducados. En catalán manifestaba su pesar á Helena Cantacuzeno por la muerte de su esposo Luis Fadrique, concedía privilegios de ciudadanía franca al notario Dimitri Rendi, y da-

(1) *Los navarros en Grecia*, etc. *Memorias de la Real Academia de Barcelona*, tomo IV, págs. 461 á 471. Vid. Arch. Cor. Aragón. Reg. 1.366, fols. 49 y siguientes.

(2) *Geschichte der Stadt Athen im Mittelalter* von Ferdinand Gregorovius: Stuttgart, 1889, tomo II, pág. 190.

(3) *Los navarros en Grecia*, etc. *Memorias de la Real Academia*, tomo IV, págs. 476 á 479. Vid. Arch. Cor. Arag. Registro 1.366, fol. 79 v.

ba las gracias á los albaneses y á los castellanos griegos de Salona por su celo en la defensa del país ducal; en catalán felicitaba al astuto florentino que debía desposeerle de él, Rainerio Acciajuoli, por haber conservado la paz con el Vizconde de Rocaberti, y escribía, por último, á los francos y griegos de Livadia fugitivos en el Negroponte, á la Universidad de Neopatria y á los señores de Argos, Patras y Lepanto (1).

A pesar de estos valiosos testimonios, que con dificultad podrían reproducirse en el orden cancelleresco en cuanto á las lenguas francesa é italiana que llevaron al Atica los nobles señores de la Roche y de Brienne y los florentinos Acciajuoli, no vaya á creerse que el catalán arraigara entre los griegos. Jamás han aprendido éstos el habla de sus conquistadores, ora hayan sido los romanos de Sila y de Metelo, ora los francos de Villehardouin y de la Roche, ora los catalanes de Alfonso Fadrique, los turcos de Bayaceto ó los venecianos. Tan cierto es esto, que á pesar del largo dominio de estos últimos, que en algunos puntos alcanzó hasta fines del siglo pasado, ni en Creta, ni en Corfú, ni en Negroponte, ni en las colonias del Peloponeso se ha formado un dialecto mixto greco-italo. La raza catalana no ha dejado más recuerdo en el idioma nacional del pueblo sometido que el apellido *Κατιλάνος* ó *Καταλάν* que llevan ciertas familias, que no por esta razón han de considerarse como procedentes de aquel origen. El nombre de Catalán ha pasado, pues, á ser apellido gentilicio, como lo son también los de Franco y Veneciano. En cuanto á la procedencia de alguna que otra palabra griega que aparentemente pudiera ofrecer cierta semejanza con otras catalanas, pecaría de aventurado todo lo que se afirmara. Abrigo la opinión de que las voces de derivación neo-latina que se hallan hoy en el griego vulgar, han pasado á él

(1) Arch. Cor. Arag. Vid. Reg. 1.281, fol. 13; Reg. 1.366, fol. 60; Reg. 987, fol. 177; Reg. 1.268, fol. 131; Reg. 1.287, fol. 87; Reg. 987, fol. 176; Reg. 1372, fol. 163.

por conducto del francés é italiano, lenguas que han ejercido en el Oriente una influencia duradera y avasalladora.

Sin embargo, con todo y ser ia de los catalanes mucho menos extensa y directa que la de aquellos dos pueblos, opuso, como ya se ha indicado, mayor resistencia que ellos al predominio de la lengua y cultura de los vencidos. Los Duques francos de Atenas más de una vez se sirvieron del griego vulgar. Ya bajo el paternal gobierno de los últimos de la Roche, tal vez á consecuencia de su parentesco con la casa de los Angeli-Comnenos (1), el helenismo había ganado mucho terreno en el ánimo de los conquistadores. Las cortes francas de Tebas y de Atenas fueron sin duda bilingües, bien que la lengua oficial y culta del Estado no dejara de ser la francesa, hasta el punto de que se hablara en ellas el francés tan bien como en París, y de que el Papa Honorio III apellidara la Grecia con el nombre de Nueva Francia. Que la cancellería de los Duques francos estaba ya en decadencia á principios del siglo XIV, y aun antes, á pesar del predominio y prestigio que sobre el pueblo heleno ejercieron las leyes, las instituciones y las costumbres introducidas por lo más selecto de la caballería occidental, lo podemos demostrar con el hecho de que en aquellos días se extendían en el Ducado documentos en griego. Por complacencia ó necesidad, los Barones francos aceptaban hasta en sus mismas construcciones inscripciones bizantinas. Con ellas, aunque dejando ver las huellas de la ortografía francesa, adornó Antonio le Flamenc la iglesia dedicada á San Jorge en su feudo de Carditza, en 1311, casi en los mismos días de la invasión catalana (2). Y si bien las hazañas de los conquistadores se escribieron en el culto lenguaje de la isla de San Dionis, y los recuer-

(1) Isabel Angelo Comneno casó con Guillermo I de la Roche (1280-1287) y con Hugo de Brienne (1291), padre del último Duque francés de Atenas.—*Chroniques greco-romanes inédites ou peu connues*, par Charles Hopf: Berlín, 1873, pág. 473.

(2) Gregorovius, op. cit., tomo II, págs. 38 y 39.

dos de ellas viven todavía hoy en las baladas populares de los modernos griegos, no es menos cierto que la *Crónica de Morea*, griega, rimada á la usanza de las antiguas canciones de gesta, fué debida á la pluma de un franco moreota (1), y, como observa Paparrigopoulos, al hablar de la poco fundada teoría del esclavismo ó total desaparición de la antigua raza helena, cuando los francos, por medio de aquel poema, trataron de vulgarizar entre los pueblos vencidos sus glorias militares, no se valieron de las lenguas eslava, albanesa ó francesa, sino de la greco-vulgar más ó menos adulterada por la influencia occidental (2).

Más hacedero es todavía demostrar el predominio del helenismo durante la dominación en el Atica de los Acciajuoli. Yo no sé explicarme la rápida destrucción del Estado catalán de Atenas, realizada por unas cuantas bandas de mercenarios turcos, albaneses y griegos, asalariados por el astuto banquero florentino, sin una participación y un apoyo decidido del elemento heleno, que creyó mejorar de suerte con el cambio de señores. Lo que no deja lugar á dudas es que Nerio Acciajuoli halagó cuanto pudo el espíritu nacional de la raza griega. Ya antes de apoderarse de la capital de su futuro Ducado ático, el 15 de Enero de 1387, hacía uso de su lengua al ceder á sus parientes sus posesiones de Italia (3). Al entrar en su nueva capital uno de sus primeros actos fué la reinstalación del metropolitano *ortodoxo*, cargo que había estado vacante desde los primeros días de la conquista franca, á principios del siglo XIII. El último que lo desempeñó fué el conocido escritor griego Miguel Acominatas. Los italianos se helenizaban, de tal suerte, que uno de ellos, pertene-

(1) John Schmitt la atribuye, con poco fundamento, á un veneciano. *Die Chronik von Morea*: München, 1889, pág. 123 y siguientes.

(2) *Ἱστορία τοῦ ἑλληνικοῦ ἔθνους*. Ἐν Ἀθήναις, 1886 y 1887, tomo V, pág. 389.

(3) Buchon, *Nouvelles Recherches*, tomo I, pág. 131, y el texto griego en el tomo II, pág. 320.

ciente á la familia de los florentinos Medici, al establecerse en Atenas en tiempo de los catalanes, trocaba su apellido por el de Iatros (1). Nerio casó á su hija Bartolomea, la mujer más hermosa de su época, al decir de Chalcocondylas (2), con el déspota del Peloponeso, Teodoro Paleólogo, y tomaba por querida á la hija del famoso notario griego Demetrio Rendi. Antonio I Acciajuoli, el príncipe más afortunado de su linaje, se enlazó primero con una tebana y después con la hija del Sebastocrator León, descendiente de los Melissenos. Tan helenizado estaba que hasta redactaba en griego todas sus actas oficiales (3). El mismo Laónico Chalcocondylas, el único escritor ateniense que conoce la literatura bizantina (4)—porque Miguel Acominatas no nació en la ciudad de Palas,—se dió á conocer bajo el largo y próspero gobierno de aquel ilustre Duque florentino, de quien hablaba con el mayor encarecimiento, y su empeño en imitar á Herodoto y Tucídides muestra que se había vuelto á encender en las escuelas griegas el fuego sagrado de la antigua sabiduría. No parece sino que los Acciajuoli se habían propuesto demostrar que Florencia, la Atenas de la Edad Media, era más digna que ninguna otra ciudad de dar dominadores á la patria de los héroes y las musas.

No exageremos, sin embargo, las consecuencias de estos hechos respecto de la cultura general. Franceses, catalanes é italianos, vieron la Grecia con los mismos ojos, es decir, bajo el único prisma de la civilización occidental. Todos la dominaron sin comprenderla, y sin sentir realmente el calor de su influjo. La semilla del Renacimiento no fué sembrada por los Villehardouin, los Muntaner, los

(1) Gregorov., op. cit., tomo II, pág. 227. *Ἴατρος* en griego significa médico. En 1357 extendía dicho latros en Nauplia un documento redactado en griego en favor de un comerciante mesinés.

(2) Chalcocondylas, lib. IV, pág. 208.

(3) Gregorov., op. cit., tomo II, págs. 290 y 296.

(4) Karl Krumbacher, *Geschichte der Byzantinischen Litteratur*, 1897, pág. 302.

Fadrique de Aragón, los Sanuto, ni siquiera los Acciajuoli, sino por aquellos misioneros del helenismo que llevan los nombres de Bessarion, Gaza, Laskaris, Chahocondylas, Plethon, etc. Los mismos eruditos y escritores del Occidente estaban muy lejos de sentir en aquella época el arte ni la historia helenos. Chaucer, Boccaccio y hasta el Dante designan á Teseo, con el título medio eval de Duque de Atenas, ni más ni menos que Muntaner. Nada prueba tanto esta inconsciencia histórica y artística como el hecho singular de que algunos de los cronistas más originales de la Edad Media, los Villehardoiun, los Muntaner, los Sanuto, escribieron sus candorosas narraciones después de haber pisado palmo á palmo el país de los clásicos recuerdos y de haberse sentado á la sombra del Partenón y de Santa Sofía. En toda la crónica del Jenofonte catalán no se halla más reflejo de la antigüedad que la historia de Paris y Elena, miniatura clásico-gótica que nos sugiere otra semejante de Froissart, cuando nos relata los amores de Acteon y Diana.

Pero si difícil fué siempre en aquella edad la fusión del espíritu heleno con el latino, por el triple abismo de la diferencia de religión, de lengua y de cultura, lo había de ser todavía mucho más durante el gobierno de aquella ruda República militar, que medio siglo después de su establecimiento junto á las márgenes del Sperchio y del Cefiso, todavía se daba el título guerrero de *Feliz ejército de los francos que reinan en Romanía*. No eran los catalanes que lo constituían las gentes más á propósito para promover las ideales bodas entre el Fausto medioeval y la Helena clásica, que soñó Goethe, y que sólo en parte vieron realizadas más que los conquistadores francos de la Morea, los dominadores de Rodas y de Chipre (1). Sus Virreyes mili-

(1) En estas dos islas es donde echó más raíces el romanticismo franco enlazado con la literatura griega medio-eval. En el siglo xiv figura en Chipre, protegido por los Lusiñanes, el poeta griego Jorge Lopithes, y en el siguiente, el cronista Leoncio Macheras refe-

tares no citaban frases de Herodoto, como Guido II de la Roche; ni las *costumbres* de Barcelona se traducían al griego, como los *Assises*; ni mucho menos nuestra pobre literatura de imaginación influía en la de los vencidos, como el avasallador genio francés, creando esas interesantes novelas galo-griegas que llevan los nombres de Belthandros y Chrysantza, Lybistros y Rhodamne, Phlorios y Platzia-phlora, Imberios y Margarona, llenas de sueños de hadas y de hazañas caballerizas. En ellas siempre triunfa el espíritu de la civilización occidental, que aparecía en la realidad en los brillantes torneos de las cortes de Clarentza y Andravida, ó coronando con sus pesadas fortalezas las cumbres del Taygeto y de las Termópilas.

Mas no fué del todo estéril en la historia de nuestra cultura la participación continua que la Monarquía catalano-aragonesa tuvo en los destinos de Grecia en el siglo xiv. Ni vaya á creerse que el único recuerdo que en aquella haya dejado sea sólo el pálido reflejo de las hazañas de Roger de Flor y de sus huestes invencibles en nuestro *Tirant lo Blanch*, la obra maestra de la literatura romancesca catalana. El extraordinario elogio que en nuestro Archivo sorprendimos de la Acrópolis ateniense, que los catalanes llamaban modestamente el *Castell de Cetines*, porque aquella palabra fué del todo desconocida á los pueblos medio-evaes, es el primer testimonio, como observa Gregorovius (1), después de largos siglos de silencio, de que el Occidente tenía de nuevo conciencia de la incomparable belleza del Partenón, de los Propileos y del Erechtheion (2). ¿Quién sabe si la fascinación que la Atenas mo-

ría los hechos de aquella familia real en una lengua mixta de francés y griego. (Véase Krumbacher, op. cit., págs. 778 y 900.) Los *Assises* de Chipre, como los de Jerusalén; fueron traducidos al griego. (Ibid., pág. 898.)

(1) Op. cit., tomo II, pág. 192.

(2) Aunque ha sido reproducido ya este elogio en otros trabajos nuestros y por todos los historiadores contemporáneos de Grecia (Gregorovius, Neroutzos, Constantinidis, Calligas), lo transcri-

numental ejerció en el ánimo de los catalanes, obró también en la determinación que había tomado Juan I en los primeros años de su reinado, de visitar aquellos apartados dominios, que consideraba como un miembro importante de su corona? (1). Es muy probable que un espíritu culto y tocado ya de la influencia del Renacimiento se sintiera halagado ante la idea de enseñorear la cuna de la sabiduría, y se encendiera en deseos de conocerla.

En íntimo contacto con el Rey D. Juan, verdadero Augusto de la civilización catalana, antes de que la corona real ciñera sus sienes, estuvo un famoso personaje aragonés del siglo XIV, cuya inteligencia se abrió al gusto de las letras clásicas en Aviñón, en Italia y en Rodas, y quién sabe si en la misma Atenas, pues mantuvo amistosas ú hostiles relaciones con el Ducado catalán cuando la diplomacia y el valor de sus caballeros hospitalarios pusieron la Morea en sus manos. Nos referimos al gran Maestre

biremos aquí de nuevo, en gracia á aquéllos de nuestros lectores que lo ignoren. Pedro IV de Aragón, accediendo á la petición de los embajadores de Atenas de mandar una modesta guarnición de ballesteros para defensa de su Acrópolis, advierte á su tesorero que tiene por indispensable tal guarnición, «com lo dit castell sia la pus richa joya qui al mon sia e tal que entre tots los Reys de chrestians enuides lo porien fer semblant.» Lérida 11 Septiembre 1380. Arch. Cor. Arag., Reg. 1.268, fol. 126.—El sabio Gregorovius, refiriéndose á los comentarios que este elogio me sugirió en mi monografía ya citada, *Los navarros en Grecia*, etc., dice: «El escudriñador catalán al cual debemos agradecer la publicación de éste y otros documentos sobre Pedro IV como Duque de Atenas, ha sacado de aquel juicio del Rey, y con razón, la consecuencia de que los catalanes de Atenas no eran tan bárbaros ni tan privados de todo sentimiento de la belleza como generalmente se les supone.» Op cit., tomo II, pág. 192.

(1) «Ni us pènssets—decía á los prohombres y síndicos de Atenas al contestar á sus homenajes,—que tan assenyalat membre com es aqueix de la nostra corona metam en oblit, ans hauem esperança en nostre senyor deus que per auant lo irem personalment visitar.» Barcelona 26 Abril 1387. Arch. Cor. Arag., Reg. 1.751, fol. 25.

D. Juan Fernández de Heredia, hombre de carácter eminentemente emprendedor y cosmopolita, apasionado por toda suerte de disciplinas, sobre todo de las históricas, diplomático sagaz y competentísimo, brazo derecho del Pontificado en Aviñón y árbitro durante algún tiempo de los destinos de la Morea franca. Su representación literaria en la Monarquía catalano-aragonesa es considerable. Heredia viene á ser un predecesor de los grandes Mecenas del Renacimiento clásico, un émulo de los Bercheure y Colluccio Salutato, si no por sus propios trabajos, por los que inspiró, compiló ó mandó traducir. Como Alfonso V en la corte de Nápoles, rodeóse en la de Aviñón de hombres de letras y de libros; y para que mayor sea la semejanza, llevóse allá á un oscuro erudito griego de la isla de Rodas, que en más modesta esfera se anticipa algunos años á aquellos ilustres bizantinos que, cubiertos aún con el polvo de las ruínas de Bizancio, llevaron á las ciudades de Italia los despojos de la antigua civilización griega. Llamábase aquel erudito Demetrio Talodiqui ó Calodiqui, y le encargó Heredia en Aviñón que tradujera del griego vulgar ó del bizantino las *Vidas de Plutarco*, la *Crónica de Zonaras* quién sabe si la griega de Morea, —aunque es probable que en el arreglo y coordinación de los demás materiales que la forman interviniera el mismo Maestre,—y otras obras que sin duda se han perdido. De una carta del Rey D. Juan á aquél su grande amigo, parece desprenderse claramente que el traductor griego conocía el rudo dialecto aragonés (1), y en tal caso sería éste un nuevo testimonio de la difusión en el suelo griego de las

(1) Lleva esta carta la fecha de 17 de Noviembre de 1384, y le dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Otrossi hauemos entendido que vos hauedes aquí un *filosoffo de Grecia* qui vos translada libros de grech en nuestra lengua. Rogamos vos muy caramente que nos embiedes el dicto libro de Trogo Pompeo e de los que vos translada el dicto filosoffo ó traslado de aquellos.»

Arch. Cor. Aragón, Reg. 1.748, fol. 121. El Maestre Heredia residía á la sazón en Aviñón. (Vid. el Apéndice I.)

dos lenguas que se hablaban en la monarquía de Aragón. La única huella de bizantinismo que aparece en la literatura española de la Edad Media se debe al famoso Maestre aragonés, y no hay duda que en esta influencia exótica, representada por la versión de Zonaras y el arreglo y ampliación de la Crónica de Morea, tuvo mucha parte su estancia en Grecia. La fama de sus vastas compilaciones históricas, que forman un ciclo tan numeroso como las promovidas por el Rey Sabio, donde se mezclan Plutarco y Zonaras, Hethoun y Marco Polo, las vulgares crónicas griegas con las *estorias* de aquel Monarca y las crónicas reales de D. Jaime y San Fernando, llegaba hasta los humanistas italianos del siglo XIV, y su bien provista biblioteca excitaba la codicia de Colluccio Salutato (1) y del Rey D. Juan I de Aragón, que tanto como el dictado de amor de la gentileza merecería el de amor de la sabiduría. Recuérdese el afán con que á vueltas de aves y lebreles de caza le pedía las obras de Trogo Pompeo y de Josefo (2). Del aprecio que hacía de sus traducciones y arreglos históricos, es testimonio la carta que escribió al tener noticia de su muerte, encargando á algunos priores de la Orden las *Vidas de Plutarco*, *La Grant crónica de Espanya*, *La gran crónica de los conqueridores* ó de los *emperadors*, como

(1) Que Heredia había reunido una hermosa biblioteca, sobre todo de obras históricas, nos lo atestigua una carta que le escribió este famoso humanista italiano, en la que le pide prestados algunos manuscritos. «Inter alia quibus delectaris, est copia cumulatiorque librorum, in qua re tanto studio tantaque cura vacasti, ut iam sit omnibus persuasum frustra librum quæri quam apud te non contingerit reperiri. Sed inter alios te præcipue dilexisse semper historicos.» Vid. prólogo de A. Morel-Fatio al *Libro de los fechos et conquistas del principado de la Morea* del Maestre Heredia, publicado por la *Société del Orient Latin*: Genève, 1885, página XVIII. — Sobre este personaje, del que quizás me ocuparé algún día, véase también la monografía de Karl Herquet, *Juan Fernández de Heredia, Grossmeister der Johanniterordens*: Mülhausen, 1878.

(2) Vid. el apéndice II.

él la llama, cuya primera parte es una versión literal del libro XIII del *Epitome historiarum* de Juan Zonaras, y por último, la Crónica de Grecia, ó sea la vulgarmente denominada *Crónica de Morea*, en la que sospechamos que más que en otros trabajos, tuvo el Gran Maestre una parte personal y directa (1).

Al elogio de la Acrópolis y al bizantinismo ó helenismo de *dilettanti* del Maestre Heredia se reduce todo el sedimento artístico literario que la Grecia medio-eval depositó en el ánimo de sus vencedores catalano-aragoneses. Es cierto que su situación no era la más á propósito para infundir en ellos anhelos de saber. Hallábase el clero griego entonces en la misma crasa ignorancia en que le dejó al comenzar el siglo XIII el Metropolitano de Atenas, Miguel Acominatas (2). Los focos principales de la cultura bizantina en la Edad Media fueron Bizancio y el Monte Athos, no Atenas. Natural era que los sacerdotes griegos de la Grecia franca que iban allí á ilustrarse, no volvieran en su mayoría á su antigua patria, donde no les aguardaba porvenir alguno, pues no toleraban los conquistadores al lado de la suya la jerarquía eclesiástica cismática de los vencidos (3).

Las Sedes patriarcales ó metropolitanas de Constantinopla, Filadelfia, Tesalónica, y hasta la misma púrpura imperial, eran en cambio la recompensa que les esperaba á los Palamas, Filoteos, Nicéforos y Cantacucenos, que aprendían la cultura clásica y las ciencias históricas y teológicas en los famosos Monasterios del Monte Santo del helenismo medio-eval, pillados sin piedad por las huestes de Rocafort (4). Esa falta de Prelados ortodoxos en la Gre-

(1) Vid. el apéndice III.

(2) Χριστιανικαὶ Ἀθήναι ὑπὸ Τάσσου Δ. Νεροῦτσου. Βιβλίον Β., página 184. Vid. el cuaderno XIII del Δελτίον τῆς ἱστορικῆς καὶ ἐθνολογικῆς ἐταιρείας τῆς Ἑλλάδος: Atenas, 1892.

(3) Neroutzos, Χριστιανικαὶ Ἀθήναι, pág. 134.

(4) Está confirmado históricamente el saqueo de algunos Monasterios del Monte Athos por los catalanes (Π. Καλλιγὰ.—Μελέ-

cia propiamente dicha traía consigo la de escuelas griegas, y venía á ser causa principal de la ignorancia del pueblo y del clero. En parecida situación se hallaba también el clero latino, fuera de alguna otra excepción, como la del dominico Guillermo de Meerbeke, Arzobispo de Corinto en 1280, que tradujo al latín diversas obras de Aristóteles, Proclo, Hipócrates y Galeno. Generalmente los clérigos occidentales preferían pasar á Roma y hasta la vecina Eubea para continuar sus estudios, á permanecer en Tebas ó Atenas (1).

El citado Acominatas, que vivió antes de la conquista franca, decía á un amigo suyo que, si continuara residiendo por mucho tiempo en Atenas, acabaría por convertirse en bárbaro (2). Con el juicio de aquel sabio Prelado coinciden las impresiones de los viajeros que en el siglo XIV visitaron el Atica y la Beocia catalanas: Ludolf de Sudheim, Jordán de Severac y Abulfeda (3). El primero que estuvo en ellas en 1335, dice que «Atenas, donde en otro tiempo brillaba la ciencia de los helenos, se hallaba

τα βυζαντινῆς ιστορίας: Atenas, 1894, pág. 331) y la destrucción del castillo de Sant Omer en Tebas. En cambio, no puede probarse del mismo modo las vandálicas destrucciones que algunos historiadores les atribuyen respecto de Atenas, á saber: los olivos de Colona, parte de la ciudad situada al pie de la Acrópolis y la iglesia cristiana edificada en el antiguo templo de Esculapio. Por el contrario, las clásicas construcciones de Atenas se escaparon de la ruína hasta la época turca y veneciana. Vid. Gregorovius, op. cit., II, pág. 53.

(1) En 1309 el Dux Pietro Gradenigo pedía al Arzobispo de Tebas que dejara disfrutar de su beneficio á un canónigo, súbdito suyo, mientras concluía sus estudios en Venecia. Durante el gobierno de los Virreyes catalanes, muchos habitantes de Atenas preferían trasladarse á la veneciana Eubea para gozar de mayor tranquilidad, lo que dió origen á rozamientos entre Venecia y la Compañía. (Hopf., *Griechenland im Mittelalter*: Leipzig, 1870, tomo VI, pág. 439.)

(2) Βεβαρβάρωμα χρόνιος ὦν ἐν Ἀθήναις.
Edición Lambros, tomo II, pág. 44.

(3) Hopf., *Griechenland*, tomo VI, págs. 431-32.

entonces casi despoblada.» Cerca de medio siglo después los habitantes catalanes de dicha ciudad se quejaban asimismo á su Rey Pedro IV de la *pobretat e afany del poble de aquella universitat* (1). Reflejo, aunque retórico, de este estado de decadencia es también la carta de Athanasios Lepanthrenos al historiador bizantino Nicéforo Gregoras, que reseñó los últimos sucesos de la Compañía catalana, en la que manifiesta que «los atenienses y los tebanos y los que habitan el Peloponeso han cambiado la antigua felicidad por la barbarie, y sufren los últimos extremos de la esclavitud (2).» Sólo alguna que otra vez las letras griegas y las ciencias naturales se cultivaban en los conventos de basílios del Atica y de la Beocia, que bajo las cenizas de la ortodoxia ocultaban el fuego del helenismo durante el dominio de los conquistadores catalanes. Así, en el verano de 1339, el monje Cosme Camelos copiaba para el médico de Atenas, Demetrio Nomachlona, distintos libros de Oribasios y otros físicos bizantinos (3).

No basta, como es natural, este miserable dato de cultura para tomar en un sentido literal los elogios que el ilustrado geógrafo é historiador mahometano Albufeda, viajero en el Atica á mediados del siglo XIV, dirige á la caída Atenas, designándola con el calificativo de ciudad de los sabios griegos (4). Este encarecimiento sólo prueba que, aun en medio de su abatimiento, conservaba el *alma ma-*

(1) Arch. Cor. Arag., Reg. 1.366, fol. 66 vuelto.

(2) Edición de Bona, vol. I, pág. xciv. Ἀθηναῖοι γὰρ μὴν καὶ Θεβαῖοι καὶ οἱ κατοικοῦντες τὴν Πελοπόννησον... τῆς παλαιᾶς εὐδαιμονίας τὴν ἀγροικίαν ἠλλάξαντο... δουλείαν τὴν ἐσχάτην ὑφιστάμενοι.

(3) Neroutzos, op. cit., pág. 198.

Los médicos no abundaban en los Ducados en la época catalana. Federico III, accediendo á las súplicas de los tebanos, que se quejaban de su escasez, envió á la capital de la Beocia en 1356, á ejercer su profesión, á su médico Juan de Montpellier. *Arch. di Stato* de Palermo. Protonot., tomo II, pág. 147.

(4) Patria de los filósofos la llamaba igualmente un siglo más tarde el turco Seadeddin en la época de la conquista de Mahomet II. (Gregorov, II, 386.)

ter de Grecia el prestigio de su gloriosa antigua cultura, prestigio que no perdió jamás la señora del Atica, coronada en su opresión con la regia diadema de su Acrópolis, y que con razón evocaba el gran Papa Inocencio III al establecer la jerarquía eclesiástica romana en su monumental recinto (1). No sólo en la literatura medio-eval bizantina y oriental ocupaba Atenas tan señalado lugar, sino que hasta para la literatura caballerisca del Occidente continuaba siendo la antigua cuna y trono de toda sabiduría. Así en el ciclo épico del Amadis se cuenta que Agesilaos de Colchos hizo sus estudios en ella, y que enseñaba las artes caballerescas á un español. Ya hemos visto también que el Rey D. Juan, al encargar al Maestre Heredia que le remita algunos de sus libros históricos, designa á su modesto traductor y colaborador, el griego Talodiqui de Rodas, con el pomposo, pero tradicional dictado de *filosoffo de Grecia*.

Aun en esas tristes condiciones de postración y ruína en que se hallaba el país vencido, es y será siempre timbre de nobleza para la lengua catalana haber reinado por espacio de cerca de un siglo en la patria de las Gracias y las Musas. Reciente todavía el eco de sus acentos en aquellas regiones lejanas, el elocuente Obispo de Elna, Juan Margarit, en su contestación á la proposición de D. Juan de Navarra en 1454, recordaba con orgullo que la nación catalana había convertido á su nativa lengua «aquella vetustissima e famosissima Athenes dont es exida tota la elegancia, clemencia e doctrina dels Grechs (2).»

Nada ha quedado de nuestra dominación en Grecia. El

(1) Berardo Atheniensi Archiepiscopo ejusque successoribus canonicis substituendis in *perpetuam antiquam Athenensis gloriam civitatis*. (Baluze, II, 256.)

(2) Coroleu y Pella, *Las Cortes catalanas*, 1876, pág. 407.— Exagerando este hecho, decía la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona á mediados del siglo pasado: «En Grecia permaneció (la lengua catalana) muchos años, de que aún se *conservan resquicios en las asperezas del país*, como en las ciudades vestigios

recuerdo de los catalanes se va borrando allí de día en día, y sólo lo conservan casi las personas eruditas. En las grandiosas fortalezas medio-evales que coronan las alturas de Livadia, Salona, Neopatria y Zeitún, cuya devastación prosigue el tiempo lentamente en medio de la indiferencia general, es difícil distinguir entre los sillares pélagicos poligonales y los rectangulares francos, los que alzaron con sus brazos vencedores nuestros antepasados. Pero allá, en el fondo de nuestro rico Archivo, en un oscuro registro, existe el testimonio más vivo de nuestra estéril dominación levantina, que los siglos no destruirán, porque la historia lo ha recogido ya en su maternal seno, monumento único que no posee ninguna de las demás naciones latinas que sojuzgaron la Grecia en los días medio-evales: *los Capítulos de Atenas*. Ellos señalan de un modo más elocuente que en bronce, monedas y muros, esculpido en el verbo sagrado del pensamiento humano, el episodio glorioso de haber hecho estremecer nuestra raza en el siglo XIV, con los acentos del *pus bell catalanesch del mon*, las ruínas de la venerada Acrópolis de Cimón y de Pericles.

Barcelona 16 de Julio de 1898.

de nuestras fortalezas.» Vid. *Memorias* de dicha Real Academia, tomo I, año 1756. *Observaciones sobre los principios elementales de la Historia*.